

SOBRE LA EPOCA ARCAICA FENICIA (SIGLOS VIII-VI) DEL CASTILLO DE DOÑA BLANCA (EL PUERTO DE SANTA MARIA, CADIZ)

Escribiría A. Schulten en el prólogo a la segunda edición de su libro Tartessos —en 1944— que «la investigación arqueológica del reino de Tartessos, que ha sido la región más rica y mas culta de la España antigua, constituye la misión más importante de la Arqueología española», mientras situaba la capital de ese reino bajo la duna del Cerro del Trigo en el Coto de Doñana. La búsqueda de la ciudad fue su preocupación constante, dejando a un lado prácticamente el registro arqueológico, y murió sin haber reconocido una sola pieza que pudiera calificarse de tartésica. En realidad, fue ese el interés de la época: hallar la ciudad según las veladas, escasas y poco precisas noticias de los historiadores y geógrafos grecorromanos.

Se ignoraba por aquellas fechas que Tartessos viene a ser el resultado cultural de la integración de la población autóctona del suroeste peninsular y los colonos fenicios de allende el Mediterráneo. Y cada día se va perfilando la importancia de los establecimientos fenicios en las costas andaluzas en la concreción de la realidad histórica de Tartessos y en la formación y desarrollo de las culturas protohistóricas hasta época romana. La investigación sobre Tartessos incide, pues, en dos líneas fundamentales: de una parte, el conocimiento de la cultura indígena del Bronce final, hacia los siglos X y IX a. C., y, de otra, el impacto de la colonización fenicia y el consecuente proceso de aculturación. De los fenicios vamos a ocuparnos a través de los trabajos efectuados en el Castillo de Doña Blanca.

El panorama investigador es ahora distinto del de la época de Schulten y la arqueología de campo es la protagonista principal. En estos últimos veinte años, la investigación sobre protohistoria andaluza se ha intensificado mediante la realización de excavaciones en poblados y necrópolis fenicios e indígenas de gran interés para la obtención de datos básicos y objetivos

(*) Profesor Titular de la Universidad de Cádiz.

sobre la definición de la cultura material, su encuadre cronológico, aspectos medio ambientales, económicos y sociales. Asimismo, se han emprendido estudios de territorios, y lo que es más importante, hipótesis de trabajo bajo modelos teóricos.

Las excavaciones sistemáticas en la costa mediterránea malagueña (1) –entre los ríos de Vélez, Algarrobo y Guadalhorce–, en poblados, factorías y necrópolis, las efectuadas en la costa granadina –necrópolis de Laurita (2) y casco urbano de la población de Almuñécar (3)– y los recientes trabajos en la antigua Abdera, en Almería (4), han ofrecido resultados excelentes para el conocimiento de la presencia semita en esas zonas. En la provincia de Huelva, los trabajos en el Cabezo de San Pedro (5) y entre otros puntos de la población (6), Cerro Salomón, en Riotinto (7), Tejada la Vieja –Escacena (8), Niebla (9) y San Bartolomé, en Almonte (10), como los

-
- (1) Véase, por ejemplo: H. SCHUBART y G. MAASS-LINDEMANN, Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río de Vélez, Excavaciones de 1971, NAH 18, 1984; H. G. NIEMEYER, El yacimiento fenicio de Toscanos: un balance de la investigación 1964-1979, Primeras Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales, Huelva Arqueológica VI, 1982, 101 ss. (págs. 121-123, se recoge toda la bibliografía sobre el yacimiento); H. SCHUBART, Morro de Mezquitilla. Vorbericht über die Grabungskampagne 1982 auf dem Siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung, MM 24, 1983, 104 ss., en donde se recoge la bibliografía de este yacimiento; M. E. AUBET, G. MAASS-LINDEMANN y H. SCHUBART, Un establecimiento fenicio en la desembocadura del Algarrobo, NAH 6, 1979, 91 ss.
- (2) M. PELLICER, Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada), EAE 17, 1962.
- (3) F. MOLINA FAJARDO, Almuñécar, Arqueología e Historia, Caja de Ahorros Provincial de Granada, t. II y III, 1983 y 1986. En los últimos trabajos se han excavado materiales del siglo VIII, anteriores a los de la necrópolis Laurita.
- (4) A. SUAREZ y otros: «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», MM 30, 1989, 135 ss.; J. L. LOPEZ CASTRO y otros: «La colonización fenicia en Abdera: nuevas aportaciones», II C.I.S.F.P., vol. III, Roma 1991, 981 ss.
- (5) M. BELEN, M. FERNANDEZ-MIRANDA y J. P. GARRIDO, Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los cabezos de S. Pedro y La Esperanza, Huelva Arqueológica III, 1977; J. M. BLAZQUEZ y otros, Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva 1970; J. M. BLAZQUEZ, D. RUIZ MATA y otros, Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), Campaña de 1977, EAE 102, 1979; D. RUIZ MATA y otros, Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), Campaña de 1978, Huelva Arqueológica V, 1081, 149 ss.
- (6) Actualmente, J. Fernández Jurado, Director del Servicio de Arqueología de la Diputación de Huelva, dirige las excavaciones en el casco urbano de Huelva, con notables resultados. Véase, J. FERNANDEZ JURADO, Tartesos y Huelva, Huelva Arqueológica X-XI, 1988-89.
- (7) A. BLANCO y otros, Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, Riotinto (Huelva), Anales de la Universidad Hispalense, Serie F. y Letras, n.º 4, Sevilla 1970.
- (8) A. BLANCO y B. ROTHENBERG, Exploración arqueometalúrgica de Huelva, Río Tinto Minera, S.A., Ed. Labor 1981; J. FERNANDEZ JURADO, Tejada la Vieja, una ciudad protohistórica, Huelva Arqueológica IX, 1987.
- (9) J. P. DROOP: «Excavations at Niebla in the Province of Huelva, Spain», Annals of Archaeology

más importantes, han aportado datos esclarecedores sobre el desarrollo cultural protohistórico y los factores económicos en torno a la metalurgia del extremo occidental andaluz. En el Bajo Guadalquivir, y desde las antiguas excavaciones del poblado de El Carambolo (11), entre 1959 y 1961, destacan los trabajos efectuados en el Cerro Macareno (12), Setefilla -Lora del Río (13)- y los recientes en Los Alcores de Carmona (14).

Sin embargo, han escaseado las investigaciones en la provincia de Cádiz y, sobre todo, en la misma ciudad y en su entorno inmediato, desconociéndose hasta ahora los momentos más antiguos de la presencia fenicia y el panorama cultural indígena, hasta el punto que se ha llegado a pensar en una Gadir sumergida bajo las aguas (15) y en un vacío cultural indígena (16). Los trabajos de estos últimos años realizados en el casco urbano, mediante excavaciones de urgencia (17), han exhumado varios enterramientos pertenecientes a los siglos VII-VI a. C. y posibles vestigios de urbanismo, que por ahora son los restos más antiguos. En realidad, es bien poco lo conocido, y faltan todavía los testimonios arcaicos del siglo VIII a. C. y precisar el emplazamiento de la ciudad fenicia. Es probable que un día un hallazgo

and Anthropology XII, 1925, 175 ss.; V. PINGEL: «Zur Vorgeschichte von Niebla (Prov. Huelva)», MM 16, 1975, 111 ss.; M. BELEN y otros: «Excavaciones en Niebla (Huelva)», XVI CAN, Murcia/Cartagena 1982, Zaragoza 1983, 971 ss.

- (10) D. RUIZ MATA: «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», MM 22, 1981, 105 ss.; D. RUIZ MATA y J. FERNANDEZ JURADO, El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé en Almonte (Huelva), Huelva Arqueológica VIII, 1986.
- (11) J. DE M. CARRIAZO, Tartessos y El Carambolo, Madrid 1973.
- (12) M. PELLICER y otros, El Cerro Macareno, EAE 124, 1983; M. PELLICER: «Las cerámicas del mundo fenicio en el bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)», Phönizier im Westen, MB VIII, 1982, 371 ss.
- (13) M. E. AUBET y otros, La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla), Campaña 1979, EAE 122, 1983; M. E. AUBET, La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río (Sevilla), C.S.I.C., Barcelona 1975; EADEM, La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río (Túmulo B), C.S.I.C., Barcelona 1978.
- (14) J. DE M. CARRIAZO y K. RADDATZ: «Primicias de un corte estratigráfico en Carmona, Archivo Hispalense 103-104, Sevilla 1960, 333 ss.; F. AMORES, Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla), Excma. Diputación Provincial de Sevilla, Sección Historia, Serie 1.ª, n.º 22, Sevilla 1982; IDEM: «El poblamiento orientalizante de Los Alcores (Sevilla): hipótesis de un comportamiento», Habis 10, 1979-80m 361 ss.
- (15) R. CORZO: «Paleotografía de la bahía gaditana», Gades 5, 1980, 5 ss.
- (16) J. L. ESCACENA: Gadir, Los fenicios en la Península Ibérica, t. I, Sabadell, 1986, 39 ss.
- (17) Excavaciones de urgencia realizadas por la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz. L. PERDIGONES y otros, La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Siglos VI-IV a. de C., Studia Punica 7, 1990.

casual o intencionado depare la situación topográfica de esa ciudad tan deseada.

La falta de expectativas arqueológicas en la isla de Cádiz y la necesidad apremiante de conocer el papel fenicio en la bahía, motivó que en 1979 se iniciaran los trabajos en el Castillo de Doña Blanca, un yacimiento fenicio próximo a la antigua Gadir, que en las prospecciones iniciales mostró condiciones óptimas –en la actualidad, únicas– para una excavación sistemática y continuada, y materiales que podían reflejar la secuencia de época arcaica.

El Castillo de Doña Blanca se halla en un paisaje muy transformado, y de ser en su origen un puerto en plena costa, hoy es un lugar desolado y los limos del río Guadalete han sustituido a las olas del mar, extendiéndose a sus pies una dilatada marisma hasta Valdelagrana. Asienta sobre una elevación natural, en un acantilado de la costa, de escasa altura, en las estribaciones de la sierra y junto a una pequeña ensenada que debió servir de puerto desde sus comienzos. Su proximidad al estuario del Guadalete, que bordeaba en su margen derecha aquel extremo de la sierra, y a la antigua costa por aquella época, justifica su elección topográfica, que no hacía más que repetir los esquemas topográficos desplegados en otros puntos de oriente y del Mediterráneo, como en los casos de Tiro y Utica, en Túnez. En su flanco oriental, es probable que estuviese el puerto, aprovechando una ensenada natural, y tal vez hubiese otro a poniente, como se infiere de la propia configuración geográfica. En todo caso, los sondeos geológicos realizados al pie del poblado, en su vertiente sur, han demostrado la existencia de la playa a escasos metros del mismo (18) (Fig. 1). Este punto elegido sólo posee dominio visual hacia el mar, avistándose las antiguas islas de San Fernando y Cádiz, y hacia el norte la visión quedaba oculta por la pantalla de la propia sierra. De modo que su elección se explica sólo por su interés estratégico como puerto o desembarcadero, dado el carácter de emporio comercial que debió tener este núcleo. Tampoco hay que olvidar el agua dulce de la sierra, que manaba suficiente para abastecer a la ciudad, la cercanía al río Guadalete, la proximidad al Guadalquivir –una importante vía fluvial de penetración hacia el interior de Andalucía y con sus márgenes profusamente habitadas– y a la campiña, suave y fértil, en donde se extendía un numeroso poblamiento

(18) Sondeos realizados en 1987 por G. Hoffman, todavía no publicados.

protohistórico. Todo ello explica la elección, tan favorecida, del Castillo de Doña Blanca.

El poblado, en su configuración topográfica actual, es una montículo artificial de tendencia rectangular, originada por el recorrido de sus sistemas defensivos –se constatan tres trazas de murallas desde el siglo VIII al III a. C.–, que posee de este-oeste 340 m. de longitud y en torno a 200 m. en su eje norte-sur. Su altura es de 31 m. sobre el nivel del mar, y de ellos de 7 a 9 m. son los que ocupan los estratos arqueológicos. La necrópolis se extiende a sus espaldas, en más de 100 Ha., y el punto más alto de la sierra se ocupó durante el siglo III a. C. mediante viviendas y zonas industriales.

Las primeras noticias del poblamiento de la zona proceden de La Dehesa, unos baldíos municipales al este del poblado, donde se ha excavado un asentamiento de la Edad del Cobre, de la segunda mitad del milenio tercero a. C. Los trabajos realizados en 1982 y 1985 han puesto al descubierto fondos de cabañas circulares, rebajados unos 30/40 cm. del suelo, con zócalos de mampostería y paredes probablemente de estructura vegetal enfoscada de barro, protegidas hacia el norte mediante un parapeto también vegetal, del que en algún caso quedan huellas, junto a otras estructuras de menor tamaño que pudieron servir de almacenes. Los materiales se emparentan tipológicamente con los del Bajo Guadalquivir del Cobre pleno, y sobresalen, como fósiles característicos, los platos de bordes almendrados, cuencos semiesféricos y vasos cerrados, que no ostentan decoración.

Fondos de cabañas más tardíos, de fines del Cobre, se han hallado en los estratos de base del Castillo de Doña Blanca, junto a cerámicas campaniformes evolucionadas y recientes. Tras un estrato estéril, adviértese un hiatus, en donde la población accedió a la parte alta de la sierra y a sus faldas, y los primeros restos que aparecen en Doña Blanca son ya de época fenicia arcaica.

Desde 1979 hasta ahora se ha excavado en un amplio sector de un barrio fenicio del siglo VIII –más de mil metros cuadrados–, en los sistemas de fortificaciones del poblado –constatándose tres recorridos de murallas de los siglos VIII, V y IV/III a. C.–, un sector amplio de la ciudad más reciente y varios cortes estratigráficos. En Las Cumbres, se ha excavado un sector residencial, industrial y almacenes del siglo III a. C. Y en la necrópolis se exhumó entre 1984/85 un lugar de enterramiento colectivo tumular que contenía sesenta y dos incineraciones, a lo largo del siglo VIII, y años más

tarde, un hipogeo de mediados del segundo milenio a. C. Todo ello ha perfeñado uno de los objetivos del proyecto de investigación, consistente en el análisis del proceso cultural interno del poblado, del que apenas sabíamos nada para este núcleo fundamental en la bahía gaditana. Paradójicamente se conocía más de los núcleos orientalizantes del interior que del propio centro gaditano, que constituyó el eje político y económico de Andalucía occidental.

Uno de los objetivos del proyecto consiste en matizar la fecha inicial de la presencia fenicia en la bahía gaditana y sus primeros testimonios arqueológicos. Los materiales arcaicos de Gadir son nulos o dudosos, y las tumbas y materiales excavados en estos últimos años son del siglo VII, muy distantes de la fecha mítica de su fundación. «Anno octogesimo post Troiam captam...Tyria classis Gades condidit» es la fecha que Veleyo Partéculo (Hist. Rom. I, 2, 4) creía para la fundación de Gadir, en torno a 1100 a. C. La documentación arqueológica existente no la comprueba. Mas algunos investigadores, en un afán de conciliar los textos, han argumentado en su favor sin bases objetivas consistentes (19); otros, en cambio, se inclinan por una datación más tardía, a fines del siglo VIII (20). Son los extremos de la creencia a ultranza de la data propuesta en el texto de Veleyo y de un juicio impreciso de la documentación arqueológica registrada hasta ahora en las colonias occidentales. No entraremos aquí en las justificaciones de los distintos argumentos, que excedería del objetivo de este trabajo, de modo que vamos a ajustarnos al dato escueto que proviene de las investigaciones de campo más recientes.

Las excavaciones que, desde 1962, se realizan en los establecimientos fenicios malagueños han proporcionado argumentos poderosos para la fijación de la cronología inicial fenicia en la zona. La más antigua corresponde al poblado de Morro de Mezquitilla, que se habitó «desde aproximadamente el año 750 a. C. o algo antes» (21), en base a un hallazgo cerrado sobre el suelo de una habitación del complejo constructivo K en el que se hallaron, asociados, un plato de borde estrecho –de 16 mm.–, dos cuencos carenados,

(19) M. E. AUBET, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Ed. Bellaterra, Barcelona 1987, cap. 7, págs. 175-193, con un resumen sobre el estado de la cuestión de las diferentes posturas sobre la fase inicial de Gadir.

(20) M. E. AUBET, citada en nota anterior.

(21) H. SCHUBART: «El asentamiento fenicio del siglo VIII a. C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», *Aula Orientalis* III, 1986, 59 ss. (sobre todo págs. 69 y 70 con los argumentos para la cronología).

una boca de ánfora, una olla fabricada a mano y un oinocoe boca de seta, datado en el siglo VIII (22). Todo ello relacionado a su vez con una secuencia estratigráfica recompuesta de distintos yacimientos, basada en un estrato bien datado en Toscanos con materiales protocorintios de fines del siglo VIII (23). La misma data puede corresponder al poblado aldeano de Chorreras (24) y a la colonia fenicia de Sexi en Almuñécar (25). Es decir, a mediados de ese siglo, o poco antes, según se desprende del registro arqueológico, acaeció la implantación fenicia en la costa mediterránea.

Estos datos no se contradicen con otros obtenidos en diversos puntos del Mediterráneo, cercanos a las ciudades estados fenicias orientales. Como ha señalado J. N. Coldstream (26), la presencia fenicia en el Egeo tuvo lugar mucho antes de la fundación de Al Mina, y huellas de ello se hallan en Atenas, Eubea, Creta y Cos, a través de producciones artesanas de carácter fenicio exhumadas en varias necrópolis de esos lugares, fechadas a mediados del siglo IX por su asociación a cerámicas geométricas griegas. Son los primeros vestigios de contactos entre fenicios y otras poblaciones mediterráneas. La causa, al menos para Atenas, pudo ser la explotación de las minas de plata de Laurion, que se beneficiaron por esa época, al igual que las cercanas de Thorikos. Por esas fechas se fundó Kition en Chipre, y a fines del siglo IX ya estaban allí firmemente establecidos (27). Materiales más recientes, de la segunda mitad del siglo VIII, se han hallado estos años en Cartago (28) y en San Antioco—Cerdeña (29)—, similares en tipología a las

(22) H. SCHUBART, art. ant.

(23) H. SCHUBART y otros, Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones 1964, EAE 66, 1969; H. SCHUBART: «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», Huelva Arqueológica VI, 1982, 71 ss.

(24) M. E. AUBET: «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas», Aula Orientalis III, 1986, 9 ss.; EADEM: «Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla, Málaga). Campaña 1974», Pyrenae 10, 1974, 79 ss.; M. E. AUBET y otros: «Chorreras. Eine phönizische Niederlassung östlich der Algarrobo-Mündung», MM 16, 1975, 137 ss.; J. M. J. GRAN AYMERICH: «Excavaciones arqueológicas en la región de Vélez-Málaga. Campaña 1973», NAH, 12, 1981, 299 ss.

(25) F. MOLINA FAJARDO: «Almuñécar a la luz de nuevos hallazgos fenicios», Aula Orientalis III, 1986, 193 ss., con la bibliografía y los trabajos recientemente realizados; M. PELLICER: «Sexi fenicia y púnica», Aula Orientalis III, 1986, 85 ss.

(26) J. N. COLDSTREAM: «Greeks and phoenicians in the Aegean», Phönizier im Westen, MB 8, 1982, 261 ss.

(27) V. KARAGEORGHIS: «New phoenician discoveries in Cyprus», I CISFP, Roma 1983, 173 ss.

(28) M. VEGAS: «Archaische Keramik aus Karthago», MDAI Römische Abteilung 91, 1984, 215 ss.

(29) P. BARTOLONI y otros: «S. Antioco: area del Cronario (Campagne di scavo 1983-86)», RSF XVIII, 1, 1990, 37 ss.

usuales de las colonias malagueñas. En suma, los vestigios y fundaciones fenicias más antiguas se localizan en los puntos cercanos a las metrópolis orientales, desde mediados del siglo IX, y posteriormente navegaron hasta el Mediterráneo central y occidental.

Hemos mantenido que la presencia fenicia en la bahía gaditana, y la fundación de Gadir, se halla inmersa en la dinámica de la expansión y colonización fenicia en el Mediterráneo, como su resultado más occidental, y que debe tener sentido en un contexto económico y político complejo y amplio, no como un hecho aislado y accidental. Se trata de una expansión proyectada y con escalas, que no deben diferir mucho en el tiempo. Por eso hay que tener muy en cuenta las dataciones de las evidencias fenicias en el Mediterráneo oriental y central, que lógicamente pueden explicar y significar a las occidentales.

Dado el carácter tirio de la fundación de Gadir, como señalan los textos, parece lógico razonar que las semejanzas entre los tipos cerámicos de aquí y los orientales esclarezcan definitivamente los problemas cronológicos. En este sentido, y como consecuencia de las excavaciones efectuadas en Tiro, P. M. Bikai sugiere que las cerámicas fenicias occidentales emparentan con las de los estratos III y II de ese yacimiento, es decir, que la colonización fenicia tuvo lugar en la segunda mitad del siglo VIII (30). Sin embargo, la cronología propuesta para los estratos de fundación de Morro de Mezquitilla es hacia el 750 a. C. o poco antes. Encontramos, pues, dificultades para establecer el comienzo de estas fundaciones occidentales, debido a que aún no se han fijado las dataciones de la vajilla cerámica fenicia.

Vayamos a los resultados de los trabajos efectuados en el Castillo de Doña Blanca. Hay que advertir, en principio, las dificultades que ofrecen un yacimiento que posee una potencia estratigráfica considerable, de 7 a 9 m., en cuanto a indagar la extensión y características urbanas de sus diferentes épocas. Su fase más reciente y superficial puede analizarse con cierto detalle, pero escasean las posibilidades a medida que profundizamos en las más antiguas, debido al entramado urbano que se va produciendo con el paso de la actividad constructiva. Y las dificultades son también considerables para determinar la secuencia cultural y cronológica. El tiempo, la paciencia, una

(30) P. M. BIKAI: «The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology», *BASOR* 229, 1978, 47 ss.

metodología adecuada y el conocimiento empírico de la realidad del yacimiento pueden hacer prosperar un trabajo en unas condiciones difíciles, como es el caso en el Castillo de Doña Blanca.

Para investigar en la fase arcaica fenicia hay que profundizar hasta los estratos de base, y para determinar la extensión del poblado de ese momento deben efectuarse numerosos cortes en diversos puntos del perímetro del yacimiento. Por los materiales recogidos en sus laderas se sabía de la existencia de materiales fenicios del siglo VIII, pero no se resolvía el problema de si se trataba de un poblado indígena con importaciones fenicias o acaso era una fundación fenicia, que albergaba a una cierta población indígena, dada la cercanía a estas poblaciones, o una población dual con barrios fenicio e indígena. Hace unos años sugerimos (31) que el castillo de Doña Blanca fue un poblado indígena que asimiló en poco tiempo aspectos culturales fenicios, teniendo en cuenta la cercanía a la metrópolis gaditana y a los intereses económicos que debieron tener en esa zona. Tras las excavaciones de 1987, 1989 y 1991, nuestra visión es distinta y los datos aseguran que se trata de una fundación fenicia, lo cual cambia la evaluación que se tenía. Los primeros restos urbanos fenicios asientan directamente sobre un nivel estéril y no se advierten vestigios de una ocupación indígena durante el Bronce final. Las técnicas constructivas son estrictamente fenicias y nada tienen que ver con las cabañas indígenas. Los materiales fenicios no son el resultado de contactos comerciales, y está presente la totalidad de la vajilla funcional propia de los establecimientos fenicios. Hay que sopesar, además, el número relativamente abundante de grafitos sobre ánforas o cerámicas de engobe rojo con nombres de propiedad o de ciudades de procedencia, e incluso en una de ellas se grabó un alfabetario (32) y las nuevas faunísticas y agrícolas (33).

El registro arqueológico, que es la única información disponible para la interpretación de este poblado, sugiere una fundación fenicia, probablemente en el mismo tiempo que la de Gadir, por las razones estratégicas expuestas.

(31) D. RUIZ MATA: «El poblado orientalizante del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Menesteo), en El Puerto de Santa María (Cádiz)», *Revista de Historia de El Puerto*, 1, octubre 1988, 9 ss.

(32) Hasta ahora se han exhumado más de cuarenta grafitos fenicios, que está estudiando J. L. Cunchillos, del C.S.I.C. de Madrid.

(33) Análisis en vías de estudio y publicación que realizan Arturo Morales Muñiz, de la Universidad Autónoma de Madrid, y Javier González Chamorro.

El poblado indígena estaba situado en el punto más alto de la sierra de San Cristóbal, y lo que se percibe es un proceso rápido de absorción y asimilación y un grado alto de convivencia.

En otro lugar hemos indicado, a la vista del análisis del castillo de Doña Blanca y de la intensidad de ocupación indígena en el entorno de la bahía gaditana (34), que las estrategias de penetración y ocupación del territorio pueden ser distintas a las advertidas en las factorías de la costa mediterránea. La colonización fenicia en la bahía gaditana incidió en un medio intensamente habitado, que controlaba el territorio. Parece lógico pensar que, debido al carácter comercial de estos colonos orientales y a la necesidad de obtener metales, empleasen procedimientos sutiles e interesados, conducentes a unas relaciones amistosas para intercambios continuos y a la realización de sus objetivos lo más eficaz posible. Un análisis de la implantación fenicia debe contemplar la realidad del poblamiento indígena como un factor prioritario, dado el carácter comercial y no militar de los colonos semitas. Sólo así tiene sentido, y puede explicarse, el registro arqueológico que muestra el Castillo de Doña Blanca, que en principio nos indujo a una interpretación equivocada.

En cuanto a su extensión, y a juzgar por los cortes realizados en distintos puntos de su perímetro, parece que en poco tiempo llegó a tener 5 ó 6 Ha., prácticamente el mismo espacio de momentos recientes. Esta superficie es considerable para la época y, sin dudas, nos hallamos ante una ciudad, que pudo albergar en torno a 1.500 habitantes. No se trata, pues, de un pequeño establecimiento comercial de época arcaica en relación con la metrópolis gaditana, sino de una verdadera «polis», fortificada casi desde sus comienzos. Ignoramos la superficie que ocupó la antigua Gadir, pero, por los sondeos que continuamente se realizan en su casco urbano –casi todos ellos con resultados negativos en cuanto al hallazgo de la antigua ciudad–, el espacio posible no excede de 5 ó 6 Ha., y debe estar localizado en el entorno de la Torre de Tavira. Es muy probable que, a poco de la fundación de Gadir, los fenicios se estableciesen en Doña Blanca, constituyendo una población dual,

(34) Hace dos años se ha emprendido un proyecto de investigación, que dirige Rosalía González Rodríguez, del Museo Municipal de Jerez de la Frontera, y Diego Ruiz Mata, que lleva por título «Paleogeografía humana del extremo noroccidental de Cádiz. Los procesos culturales desde el neolítico a época medieval. Formas de contacto y aculturación». Se está analizando el poblamiento prehistórico con importantes resultados para el problema del poblamiento fenicio.

en la isla y en tierra firme, siguiendo el patrón de asentamiento de su propia metrópolis de Tiro, el lugar de procedencia de estos colonos orientales. Si consideramos atentamente las fundaciones fenicias en la bahía gaditana, podemos inferir que se desplegó un entramado político y económico distribuido en tres puntos: el templo de Melqart, en el islote actual de Sancti-Petri, el punto de referencia del navegante que se adentraba hasta el Guadalquivir, la ciudad de Gadir, en el extremo de la isla, como metrópolis y centro neurálgico político, y el Castillo de Doña Blanca, en tierra firme, junto a la desembocadura del río Guadalete y próximo a la población indígena de la campiña, una localización excelente como avanzadilla y punto de comercio. Se configuró así una estructura política distribuida en estos lugares y todo ello vino a ser, en cierto modo, Gadir. Actualmente caben pocas dudas de que Doña Blanca fuese una fundación fenicia y, si tenemos en cuenta los materiales arqueológicos —básicamente la vajilla cerámica—, la diferencia cronológica entre Gadir y este establecimiento debe ser imperceptible.

Los estratos más antiguos proceden de las denominadas áreas 4 y 5, asociados a restos constructivos, del corte B.12, del sector sudeste, o «barrio fenicio» —con más de mil metros cuadrados de excavación— y de la muralla norte. Las primeras habitaciones fenicias se construyeron sobre un estrato estéril, bajo el cual se han hallado vestigios de los milenios III y II, y no se ha advertido ocupación durante el Bronce final, localizado en el punto más alto de la sierra.

En el barrio fenicio se distinguen dos fases constructivas del siglo VIII. La mejor conservada es la más reciente. Se trata de viviendas aterrazadas, compuestas de varias habitaciones, con paredes de mampostería, y ocasionalmente de tapial, suelos de arcilla rojiza y paredes revocadas y encaladas. La techumbre sería probablemente vegetal, con un armazón de vigas de madera. En la terraza superior se ha excavado una callejuela, que oscila entre 1-1.5 m. de anchura, un simple paso a las entradas de las viviendas. La puerta por lo general se halla en la esquina de la casa, y al interior se accede desde la calle mediante uno o dos escalones; las jambas suelen construirse de sillares, y a veces un pilar de sillares adviértese en el centro de un tramo de muro, una técnica evidentemente oriental (35). La altura de las habitaciones

(35) Así es el muro del cabezo de San Pedro. Ver, D. RUIZ MATA y otros: «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva) Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica* V, 1981, 149 ss.; J. ELAYI: «Remarques sur un type de mur phénicien», *RSF* VIII, 2, 1980, 165 ss.

es de 2.5/3 m., según ha ofrecido una pared bien conservada. La mayoría de las viviendas tuvo su propio horno de pan, consistente en una estructura abovedada de arcilla, de poco más de 1 m. de diámetro y escasa altura, y suelo de losas de piedra. Al pie de la terraza inferior se excavó una zanja de sección en V, de casi 3 m. de anchura y 2 de profundidad, de dudosa función –para conducción de agua o defensiva. Delante, y a pocos metros de distancia, se ha excavado en la presente campaña de 1991 otra zanja de mayor anchura –entre 10 y 12 m.– y una profundidad de 4 a 5 m., que pudo haber tenido carácter defensivo.

Desde el siglo VIII la ciudad se fortificó con una recia muralla. En la campaña de 1989 y 1991 se ha excavado un tramo de muralla de esta época, en el flanco norte, que ha proporcionado por el exterior una secuencia estratigráfica de extraordinario interés para su datación. Se construyó sobre un zócalo de mampostería, bien trabada con argamasa, y asienta sobre el suelo natural, de donde proceden restos del Cobre. Sobre él se alza el paramento de muralla, también de mampostería irregular unida con arcilla, y conserva más de 3 m. de altura. Delante se ha detectado un foso que en esta zona alcanza casi 20 m. de anchura y en torno a 4 m. de profundidad. Este tramo de muralla arcaica se halla en el extremo opuesto del poblado, a unos 300 m. de distancia del barrio fenicio, con similares materiales cerámicos. Por ello, cuando nos referíamos a la extensión del poblado, advertimos que desde sus comienzos alcanzó la extensión que se observa en los siglos IV-III. Otros restos de muros, asociados a la muralla, proceden de la esquina sudeste. Aunque los vestigios son escasos aún, y con las reservas debidas para la interpretación planimétrica, la sensación es que ofrecería una planta con estructuras de casamatas, de diseño oriental.

El registro arqueológico más abundante y mejor estratificado procede del barrio fenicio y de los tramos de murallas. La cerámica de engobe rojo es casi exclusiva en el repertorio de los materiales fenicios, y escasean las decoraciones pintadas. La fase inicial fenicia está definida, pues, por la vajilla de engobe rojo.

Los platos son frecuentes y ofrecen bordes comprendidos entre 20 y 30 cms. –aunque puede alcanzar en algún caso mayor anchura–, fabricados con arcillas muy depuradas, recubiertas de angobes rojos espesos de gran calidad, que cubren todo el interior y, en un porcentaje alto, gran parte del borde por el exterior (Fig. 2:1-4). Destacamos la recubrición exterior porque

constituye un rasgo característico de este poblado y es poco frecuente en otros yacimientos fenicios, como es el caso de Málaga y Huelva (36). Casi en igual porcentaje se hallan las páteras o cuencos carenados («carinated bowl»), de diferentes tamaños y pastas y engobes de la misma calidad que la de los platos (Fig. 2:5-7). El tipo característico posee un borde muy bajo, carenado y de escasa capacidad, destinados más bien a bebidas. Los platos de los yacimientos fenicios de la costa española los ha analizado tipológica y cronológicamente H. Schubart (37), correspondiendo los de Doña Blanca, según su criterio, a los de los estratos I y II de Toscanos, Chorreras y estratos inferiores de Morro de Mezquitilla, datados al menos a mediados del siglo VIII. En líneas generales, los platos de época arcaica de Doña Blanca muestran bordes con anchuras entre 20 y 35 mm., dependiendo del diámetro total. Los cuencos carenados se asocian a los platos y se datan en esta misma época en Chorreras, por ejemplo, y en los yacimientos orientales de Hazor (38), Tiro (39), Tell Keisán (40) y necrópolis de Khaldé (41), entre otros.

De las viviendas fenicias procede un buen número de oinocós de engobe rojo, del tipo conocido como «boca de seta». Prácticamente se han recogido en casi todas las habitaciones excavadas, lo cual constituye una peculiaridad del yacimiento, pues la mayoría procede de enterramientos y se les aduce un carácter funerario. El tipo usual consta de un cuerpo globular con hendiduras a la altura del hombro, pie rehundido hacia dentro, cuello estrecho y

(36) La recubrición parcial exterior parece una peculiaridad de este poblado y los que con él se relacionan, como es el caso de El Carambolo (en el Aljarafe sevillano). En Huelva y Málaga, los exteriores aparecen exentos de decoración, y en el caso de Huelva el fondo por el interior queda sin decoración, como un tondo en reserva.

(37) H. SCHUBART: «Westpönizischer Teller», RSF IV, 1976, 179 ss.; IDEM: «Los asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», Primeras Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales, Huelva Arqueológica VI, 1982, 71 ss.

(38) Y. YADIN y otros, An account of the first season of excavations, 1955, Jerusalén 1958, fig. XLVII, 15-17 (estrato VIII, s. IX a. C.), fig. XLIX, 6 y 25 (estratos VII-V, desde fines del siglo IX a 732 a. C.), figs. LI, 2, 26, LIII, 4 y LIV 8, 10 (de los estratos VII-V, desde fines del siglo IX a 732 a. C.), figs. LI, 2, 26, LIII, 4 y LIV, 8, 10 (de los estratos VII-V); IDEM, Hazor II, Jerusalén 1960, Area A estrato VIII, fig. LIII, 7-11 (s. IX a. C.), lo más característico del estrato es el cuenco carenado sin barniz y sin bruñir, pero unos cuantos están provistos de engobe bruñido; estrato VI (págs. 26 y 27), de la primera mitad del siglo VIII; estrato V, datado entre 760 y 732 a. C.

(39) P. M. BIKAI, The Pottery of Tyre, Warminster, Wilts 1978, láms. IX, 9-10 (estratos II-III, 740-700 y XV (estrato IV 760-740 a. C.)).

(40) J. BRIEND y J. B. HUMBERT, Tell Keisan (1971-1976). Une cité phénicienne en Galilée, Orbis Biblicus et Orientalis, Serie Archaeologica I, 1980, fig. 40, 7b y c.

(41) K. SAIDAH: «Fouilles de Khaldé. Rapport Préliminaire sur la premier et deuxième campagnes (1961-1962)», BMB 19, 1966, 51 ss., pág. 69, vaso 22.

cilíndrico señalado en su mitad mediante un banquetón, pequeñas asas bífidas que se insertan en el hombro y cuello, y borde consistente en una arandela estrecha, que constituye un rasgo destacable como elemento cronológico; poseen todos los ejemplares conocidos un engobe rojizo o castaño muy brillante de extraordinaria calidad. En un solo ejemplo el cuello por el exterior se hallaba decorado mediante bandas roja y negras. El tipo generalizado en las habitaciones fenicias es el descrito, mientras que en la estratigrafía del exterior de la muralla el más abundante posee boca trilobulada, cuellos troncocónicos y cuerpos globulares, con asas insertas en el hombro y borde (Fig. 2: 16 y 17).

La lucerna de esta fase consta de un solo pico, pie plano y resaltado, mayor profundidad que las posteriores bicornes y se halla desprovista de engobe rojo; en ocasiones, su diámetro es tan desarrollado que podría confundirse con platitos (Fig. 2: 18 y 19). Asociadas a ellas, y como recipientes de aceite, están las botellas o ampollas, de cuerpos globulares u ovoides, pies pequeños y rehundidos, cuellos cónicos, pequeñas asas de sección circular y pastas menos depuradas que la de los platos, en las que afloran los desgrasantes (Fig. 2: 14 y 15).

Otra forma característica del momento es el quemaperfumes, compuesto de dos cuerpos superpuestos, o cuencos carenados, recubiertos de engobe rojo sólo por el exterior y la zona superior del labio por el interior. Como en los casos anteriores, procede del interior de las habitaciones.

En el elenco de la cerámica fenicia se hallan los vasos de cuerpos teriomorfos, o «askoi», con distintas representaciones de cabezas de animales, recubiertos o no de engobe rojo. La mayoría de las veces no son identificables las especies, pero en un ejemplar está atestiguada la cabeza de un cerdo.

En las excavaciones de la estratigrafía de la muralla, en asociación con los tipos reseñados, se ha hallado un conjunto de jarras sin decoración, de bocas en torno a 8/10 cms. de anchura, trilobuladas, de cuerpos ovoides, fondos planos y provistas de una asa insertada en el borde y hombro. Otros vasos de cocina son ollas de superficies toscas, de diferentes tamaños, que generalmente poseen un borde corto.

Como es natural en un emporio comercial, las ánforas son numerosas y, pese a que requieren un análisis más detenido, se advierten al menos tres tipos. La más frecuente es la de «saco», de hombros inclinados, carenados y cuerpos piriformes, provista de sendas asas de sección circular; la diferencia

puede estar en la estructura de sus bocas, más o menos altas o engrosadas (Fig. 2: 8 - 13). Otras poseen un cuello corto, apenas engrosado, y suavemente inclinado al interior, que tal vez se corresponda con el tipo de cuerpo ovoide y hombro no marcado con la carena característica. Un tercer tipo, menos frecuente, posee un borde corto, con molduras por el exterior, hombro casi horizontal y carenado y cuerpo más alargado y cilíndrico, que constituye un tipo frecuente en la costa levantina del Próximo Oriente y corresponde al tipo 2 de la clasificación de A. G. Sagona, circulando sobre todo entre el 760 y 700 a. C. (42).

Es decir, en los niveles de fundación del poblado –siglo VIII–, está presente todo el elenco tipológico fenicio, la vajilla funcional y cotidiana, lo que no sucede en los poblados indígenas, que sólo tienen un repertorio limitado. Habría que añadir algunos elementos, probablemente de importación, escasos en número. Merece destacar unas copas de paredes finas, recubiertas de un engobe rojo espeso, y como rasgo característico ostentan finas acanaladuras por su pared exterior, del tipo que se ha denominado cerámica de Samaria («Samaritan Ware»); o bien, los cuencos de fondos planos, que decoran sus bordes por el interior mediante una banda roja ancha en su extremo superior y dos filetes negros debajo, repitiendo el diseño en la zona del fondo. Son característicos de los estratos VII – V de la ciudad de Tiro, datados en la primera mitad del siglo VIII (43).

La duda que mostramos en otras ocasiones del carácter fenicio del poblado se justificaba por la aparición del material indígena a mano, propio del Bronce final del sudoeste andaluz. Por las razones expuestas, la fundación del lugar es fenicia y la presencia del material indígena puede ser explicada sin contradicciones, a medida que se va conociendo el poblamiento protohistórico de los alrededores de la bahía y la estrategia fenicia de acercamiento a esos poblados. La colonización fenicia en la costa malagueña incidió sobre un medio escasamente habitado, al parecer, y el porcentaje de la cerámica fenicia es casi exclusivo. En la costa atlántica, y especialmente desde Cádiz a Huelva, se advierte una ocupación indígena intensa, de lo que se infiere, a la vista del registro arqueológico, un comportamiento fenicio

(42) A. G. SAGONA; «Levantine Storage Jars of the 13th to 4th Century B. C.», *OpAth XIV*, 1982, págs. 75-78, fig. 1, 3.

(43) P. M. BIKAL, *ob. cit.* en nota 39.

diferente, que pudo traducirse en una mayor integración. Es posible que gran parte de la población indígena de la sierra fuese acogida en el recinto urbano fenicio de Doña Blanca.

El material a mano corresponde a cazuelas, copas y, sobre todo, a grandes recipientes, que sirvieron de almacenaje de sólidos y líquidos. En efecto, en la mayoría de las habitaciones fenicias se han hallado, in situ en ocasiones, los vasos de gran capacidad, de cuellos amplios y acampanados, del tipo «à chardon». Las cazuelas poseen bordes abultados por el interior y carenas suaves exteriores (Fig. 3:1-10), que es un rasgo característico de un Bronce final avanzado, como se comprueba en poblados y necrópolis del Guadalquivir y del ámbito onubense.

En este sentido hay que señalar que tipológicamente son perceptibles las diferencias con las halladas en el poblado indígena de Las Cumbres, con carenaciones más acusadas; asimismo, se han hallado otras formas a mano que no se encuentran asociadas con el material fenicio de Doña Blanca. Se decoran por el interior con líneas bruñidas entrecruzadas, formando retículas de distintos tamaños, ejecutadas con precisión, sobre un fondo sólo alisado, y distribuyéndose en cuadrantes separados con bandas anchas o estrechas bruñidas, como es usual en el bajo Guadalquivir (Fig. 3:1-6). Se han hallado en número apreciable, además, copas y vasos de mayor tamaño decorados con diseños geométricos incisos, realizados con un punzón aguzado sobre una superficie muy bien bruñida castaña o negruzca; las formas abiertas suelen recubrirse por el interior con una capa poco consistente de pintura roja o almagra. Tanto las formas como las decoraciones son frecuentes en el poblado y escasean en los yacimientos del Bronce final del sudoeste andaluz (Fig. 3:11). No obstante, en el poblado fenicio de Sexi, en Almuñécar, se hallan junto a las cerámicas a torno fenicias (44). Sea como fuere, los diseños decorativos muestran el geometrismo imperante de los siglos IX y VIII, tal como reflejan las cerámicas pintadas monocromas en rojo del bajo Guadalquivir (45). Son frecuentes, en las formas cerradas, los vasos del tipo «à chardon» y las ollas de superficies toscas y mal cocidas, empleadas como vajilla de cocina.

(44) F. MOLINA FAJARDO, Almuñécar. Arqueología e Historia, Caja de Ahorros Provincial de Granada, 1983, pág. 21 ss.

(45) D. RUIZ MATA: «Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce final –estilo Carambolo o Guadalquivir I», Homenaje al Prof. Gratiliano Nieto, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología 11-12, 1984-85, vol. I. 225 ss.

El material a mano sugiere, más bien que un poblado indígena, el resultado de una convivencia pacífica, quizás forzada por la numerosa población autóctona que se ha detectado en el entorno de la bahía, junto al río Salado, en los esteros del río Guadalquivir y en la campiña, que de algún modo ha debido participar en las actividades del poblado fenicio. Se constata, asimismo, el abandono del poblado indígena de la sierra de San Cristóbal —o Las Cumbres—, a poco de la fundación de la ciudad, cuya población en gran parte debió residir en la ciudad fenicia. Lo cual no es sorprendente, sino una consecuencia lógica y natural, dado el alto índice poblacional de los alrededores y la necesidad de una mano de obra probablemente barata.

Sin que sepamos la causa, el barrio fenicio se abandonó a fines del siglo VIII, y el lugar no se volvió a ocupar hasta los siglos V-IV con el trazado de una nueva muralla. Es posible que un temblor de tierra fuese la causa, por los derrumbes constatados, el estado de las paredes de las habitaciones y el material bastante completo hallado en su interior. Sobre los derrumbes se depositaron varios estratos de rellenos, con abundante material cerámico y restos orgánicos, como consecuencia del uso de aquella zona como escombrera. Aquí se han centrado las actuaciones arqueológicas de 1991; por tanto, los resultados que se ofrecen son provisionales. Adelantemos que su datación a fines del siglo VIII la sugieren el hallazgo de un borde de copa eubea y un cuello de ánfora corintia.

En líneas generales, se perciben notables diferencias con el elenco cerámico anterior. Como rasgo más destacado cabe señalar la aparición de cerámica polícroma, a base de amplias bandas rojas y filetes negros y círculos concéntricos, que cubren las superficies de jarras, «pithoi» y urnas conocidas como «Cruz del Negro», ocupando prácticamente toda la superficie. Son numerosas las decoraciones de hileras de círculos concéntricos, en los que alternan círculos negros y rojos, y filetes negros sobre bandas amplias rojas, del tipo «black on red». En varias ocasiones se han hallado motivos figurados sobre vasos de gran capacidad, y ostentan animales fantásticos y flores exóticas. El hallazgo de estos fragmentos, en un contexto bien definido, data a estos vasos tan discutidos cronológicamente a fines del siglo VIII o muy a comienzos del VII.

Los platos poseen ahora mayor anchura de bordes, alcanzando hasta 4/5 cms., y a veces más (Fig. 4:1 y 2); las páteras, o cuencos carenados, son de

mayor tamaño, y continúan recubriéndose de una capa de engobe rojo de gran calidad. Y por vez primera se hallan las copas de bordes cortos y rectos y carenas acusadas, cubiertas de engobe rojo, y los cuencos de bordes rectos o suavemente reentrantes, de pastas de peor calidad, decorados con bandas rojas y negras por el exterior.

Las ampollas continúan en uso y continúan las formas anteriores. Sin embargo, las lucernas ofrecen con frecuencia dos picos, han perdido el pie aplanado y se recubren de engobe rojo, aunque en ocasiones se hallan los tipos más antiguos de un solo pico y sin decoración.

Como novedad, cabe resaltar el comienzo de la producción de las cerámicas grises, que muestran dos tonalidades básicas: las que se recubren de un engobe negruzco y las grises claras. Las formas son páteras carenadas, platos y cuencos de bordes más o menos engrosados. Su porcentaje no es muy alto y su producción parece destinada a la demanda de los mercados indígenas, como sugieren las cabañas indígenas excavadas en la campiña gaditana y Huelva (46). En ellas faltan prácticamente las formas abiertas de engobe y rojo y son abundantes, casi exclusivas, las cerámicas grises.

Las ánforas son todas de hombros carenados y cuerpos amplios piriformes, y las diferencias estriban en la estructura de sus bordes, por lo general más engrosados. No se advierten ya las ánforas del tipo Sagona 2 y las ovoides de cuellos cortos y delgados.

Continúan las cerámicas a mano, pero con modificaciones tipológicas. El tipo abierto es ahora el cuenco simple, de borde sin señalar, decorado en su interior de diseños bruñidos de peor calidad que los anteriores. Y las formas cerradas son los vasos de gran capacidad, para almacenaje, y las ollas toscas, que a veces decoran su hombro mediante impresiones digitadas.

En suma, desde fines del siglo VIII se amplía el repertorio cerámico a torno, apareciendo nuevas formas abiertas y los vasos pintados bícromos o policromos. Se concretaron a partir de ahora las formas fenicias usuales en Occidente, que han dado nombre a las expresiones de «provincia cultural occidental» o «Círculo del Estrecho», pues es el registro arqueológico

(46) Es el caso, por ejemplo, del poblado tartésico de San Bartolomé en Almonte (ver, D. RUIZ MATA y J. FERNANDEZ JURADO, *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte* (Huelva), *Huelva Arqueológica* VIII, 1986). En la zona de la campiña portuense y jerezana se han excavado varias cabañas del Bronce final, todavía no publicadas, que aportan resultados parecidos a los onubenses.

expandido por el norte de Africa y Península Ibérica. En este sentido, las colonias y factorías norteafricanas, como Lixus y Mogador, están inmersas en esta dinámica cultural. Y constituye el comienzo de la expansión atlántica y peninsular bajo los estímulos de la bahía gaditana.

Pese a la similitud de muchas formas cerámicas, entre ambos momentos, las diferencias son también significativas. Primero, la aparición de las cerámicas pintadas a bandas y con círculos concéntricos, y en segundo lugar la ampliación y evolución del repertorio formal. Tantas diferencias en tan escaso tiempo sugiere acaso la presencia de nuevos estímulos, hacia finales del siglo VIII, provenientes tal vez de Chipre o de las ciudades fenicias de la costa.

El registro arqueológico del siglo VII y los comienzos del VI no ofrece grandes cambios y sigue el elenco cerámico iniciado poco antes. La información procede de los cortes C.1.a, C.1.b, C.4, F.30 y B.12. En los tres primeros cortes se han detectado, para el siglo VII, tres fases constructivas superpuestas, que no muestran diferencias perceptibles en la vajilla cerámica. Sin embargo, a juzgar por los restos, debió ser una época activa y de extraordinaria riqueza. Las viviendas ofrecen muros bien construidos con albañilería de zócalos de mampuestos y paredes de adobe o tapial, revocadas de arcilla y enlucidas de cal.

Constituye el momento crucial de expansión exterior, hacia las costas norteafricanas por mar, y por el interior hacia Extremadura, Guadalquivir y costa levantina hasta Cataluña; los restos que recientemente se excavan en Portugal sugieren una expansión hacia esa zona por tierra o por mar. Y es también la época de la conversión en verdaderas ciudades de muchos de los poblados indígenas del Bronce final. La prosperidad económica se advierte en los ajuares de las necrópolis –véase como ejemplo La Joya en Huelva–, la producción y comercio de objetos de lujo –vasos de bronce, marfiles y joyería– y la ingente cantidad de ánforas dispersas en numerosos puntos, que denotan un comercio sin precedentes.

La tipología de los platos constituye un elemento cronológico a tener en cuenta, aunque los esquemas no sean tan rígidos. En Doña Blanca, tras los niveles del siglo VIII y de fines de ese siglo, los platos poseen anchuras de bordes entre 50 y 58 mm.; en estratos superiores, y más recientes, alcanzan hasta 60/70 mm. Según los valores establecidos para Toscanos, los que poseen hasta 55 mm. se datan en el primer cuarto del siglo VII, mientras que

los que ofrecen anchuras superiores se han fechado en la necrópolis de Trayamar a mediados o en la segunda mitad de ese siglo (47).

Otros elementos, característicos de esta época, son las páteras o cuencos carenados, que ofrecen tres formas básicas a juzgar por la construcción de sus bordes y decoraciones: el que posee un borde inclinado y carenado, que perdura desde el siglo VIII con ligeras diferencias de tamaño y calidad de los engobes (Fig. 4:3); otro tipo que posee un borde corto vertical o suavemente inclinado al inferior (Fig. 4:4), usual desde fines del VIII; y, por último, el cuenco de borde cóncavo carenado (Fig. 4:5). Los dos primeros recubren sus superficies con un engobe rojo espeso, mientras que el de borde cóncavo se decora mediante una aplicación de engobe o pintura, sobre una superficie menos cuidada. Este último posee mayor anchura y capacidad que los anteriores, y sus prototipos se hallan a fines del siglo VIII.

Son frecuentes también los cuencos profundos o semiesféricos, de pastas menos cuidadas, cuyas superficies se decoran con bandas pintadas rojas y negras, o recubren su mitad superior de pintura roja y sobre ella filetes negros, que debe ser una versión occidental y local del «black on red» oriental. Por la estructura de sus bordes se han distinguido varios tipos: uno de ellos posee un borde corto y carena marcada por el exterior (Fig. 4:6), o bien poseen un borde incurvado al interior (Fig. 4:8), o muestran un borde incurvado y, como rasgo característico, acanaladuras en el labio (Fig. 4:7). Cuencos similares se localizan en la necrópolis oriental de Khaldé (48) y en las factorías malagueñas.

Otras formas abiertas son pequeños cuencos, semiesféricos o más bajos, de arcillas igualmente poco cuidadas, desprovistos por lo general de decoración, y cuando la muestran sólo decoran su exterior a base de bandas amplias rojas y líneas negras (Fig. 4:9 y 10).

En cuanto a las formas cerradas, son frecuentes los «pithoi», de gran capacidad, provistos de asas geminadas y cuerpos decorados a bandas rojas

(47) H. SCHUBART y H. G. NIEMEYER, Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo, EAE 90, 1976, págs. 201-205 (en cuanto a las anchuras de los bordes de los platos de la cámara 4) y 236-237 (cronología de las sepulturas 1, hacia el 650 a. C., y 4, a principios de la segunda mitad del siglo VII).

(48) R. SAIDAH, BMB 19, 1966, tumba 167, vasos 60 y 61 (pág. 82), nivel IV, siglo X - fines IX a. C.; tumba 21, vaso 43 (pág. 75), nivel IV; tumba 121, vaso 27 (pág. 71), nivel III (fines del siglo IX - fines VIII a. C.).

y negras (Fig. 5:1), y las urnas del tipo «Cruz del Negro», de cuellos cilíndricos, baquetón central en el cuello y asas también geminadas (Fig. 5:3-5). Las formas proceden de prototipos de finales del siglo VIII, como se comentó antes. Son formas muy populares que poseen un amplio marco de repartición, en las colonias fenicias y en los poblados tartésicos (49), así como en el norte de Africa (50). Su origen parece oriental, aunque no está documentado en Doña Blanca en sus primeros momentos.

Resulta paradójico la ausencia de oinocós de bocas de seta y trilobulados, en contraposición con el uso frecuente durante el siglo VIII. Hasta el momento sólo se conoce un oinocós boca de seta, de cuello bitroncocónico y estría pronunciada en el ángulo central (Fig. 5:1 bis), correspondiente a un tipo que se ha datado en los comienzos del siglo VII (51).

Las lucernas son todas bicomes, menos profundas y de menor tamaño que las del siglo VIII, y todos los ejemplos conocidos se recubren de un engobe rojo espeso y bruñido, por el interior y exterior, a diferencia de las arcaicas que carecen de él (Fig. 5:8).

Otros elementos son ampollas, jarritas y trípodes, de pastas poco depuradas (Fig. 5:6-9). Las ampollas repiten las formas más antiguas del siglo VIII, bien de cuerpo ovoide y cuello cónico, o de sección más cilíndrica y cuello corto exvasado. Los trípodes más frecuentes poseen una pestaña bajo el borde, y constituye el tipo más difundido durante el siglo VII.

La cerámica gris continúa el mismo porcentaje que anteriormente y, durante el siglo VII, se fabrican los mismos tipos, las amplias fuentes

(49) Para un estudio de conjunto de las que proceden de la necrópolis de La Cruz del Negro (Carmona), M. E. AUBET: «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), Simposi Internacional Els Orígens del món ibèric, Barcelona-Empúries 1977, Ampuries 38-40, 1976-78, 267 ss. Y en cuanto al sudeste, véase, A. GONZALEZ PRATS, Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante), Anejo I de la Rev. Lucentum, Universidad de Alicante, 1983, y N. MESADO, Vinarragell (Burriana, Castellón), S.I.P. 46, Valencia 1974.

(50) A. JODIN, Mogador, comptoir phénicien du Maroc Atlantique, Études et Travaux D'Archéologie Marocaine, vol. II, Tanger 1966, págs. 77-87 y fig. 15a y b; G. VUILLEMOT, La nécropole punique du Phare dans l'île de Rachgoun (Oran), Lybica III, 1955, lám. V, 2 y 10, frecuentes en los siglos VII y VI a. C.; D. HARDEN: «The Pottery of the precinct of Tanit at Salambó», Iraq 4, 1937, 59 ss. Son frecuentes en las fases I y II (Tanit I, desde la fundación de Cartago -hacia el 814- hasta el 700 o poco después).

(51) I. NEGUERUELA: «Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica», Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch, vol. II, Ministerio de Cultura, Madrid 1983, 259 ss.

careadas, los platos de bordes vueltos y los cuencos de bordes engrosados, con las tonalidades negruzca y gris clara (Fig. 6:4-6).

El número de ánforas registrado en los estratos del siglo VII es, al fin y al cabo, el testimonio más elocuente del desarrollo productivo alcanzado en este siglo y de la demanda exterior. Continúan las formas clásicas «de saco» y bordes engrosados, que ofrecen un amplio espectro (Fig. 6:1-3).

Si recapitulamos lo dicho hasta ahora, podemos concretar los siguientes puntos. Primero que está plenamente demostrada, en los momentos iniciales, la existencia de una fase en la que predomina la vajilla cerámica de engobe rojo. Podría decirse que casi con exclusividad, si se exceptúan muy pocos fragmentos de vasos cerrados, cuyas formas no se han podido reconocer por su fragmentación, que muestran bandas de engobe rojo. En una segunda etapa, y siempre desde la perspectiva del análisis cerámico, adviértese un elenco más variado, con perduraciones formales e introducción de nuevos modelos en formas y decoraciones. Nos referimos, sobre todo, a las cerámicas pintadas, que constituyen una novedad sin precedentes. Esta es la época de mayor expansión interior y exterior y el momento álgido del período orientalizante. Da la sensación de que la aparición de estos factores no es sólo el resultado de una evolución interna, y acaso pueda explicarse por la llegada de nuevas gentes del ámbito fenicio extrapeninsular.

El problema es por ahora saber la duración de este segundo momento. Durante el siglo VI, y probablemente a mediados, si tenemos en cuenta las dataciones de las cerámicas griegas arcaicas, se percibe la evolución de ciertas formas. Es una época crucial que plantea muchos problemas. En ella tiene lugar la decadencia económica y como centro de poder de Tartesos, el influjo de Cartago en Occidente, tras la caída de Tiro, que afectó a las colonias mediterráneas y atlánticas, la presencia griega en Tartesos durante la primera mitad del siglo y, tal vez como consecuencia de todo ello, la desmembración del estado unificado de Tartesos y el surgimiento de los reinos taifas ibéricos o turdetanos. Desde el punto de vista cerámico, se advierte el comienzo de un proceso que prelude el mundo turdetano.

En este sentido, una estratigrafía realizada en la colonia fenicia de Guadalhorce –conocida como cerro del Villar– ha planteado el problema (52). Se han distinguido dos fases que corresponden –fase I– al momento de construcción de un almacén de mediados del siglo VII, y otra más reciente

(52) A. ARRIBAS y O. ARTEAGA, el yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga). Cuadernos de Preshistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica 2, 1975.

de abandono –fase II– que muestra cambios significativos en su contexto material, interpretándose como una nueva situación política y económica. Este hecho se ha relacionado a su vez con otras observaciones de otros yacimientos. Es el caso del abandono de la factoría de Toscanos, de la construcción precipitada y sin gran cuidado técnico de la muralla de Alarcón, como si se tratara de una emergencia, el cese de los contactos fenicios en el sudeste peninsular, como reflejan los poblados levantinos de Los Saladares, Vinarragell y Peña Negra, y la decadencia o abandono, por ejemplo, de ciertas factorías norteafricanas, en estrecho vínculo con la península, como Mogador, en la costa atlántica de Marruecos. Se aduce, como causa probable, el desequilibrio económico que supuso para occidente la caída de Tiro, hacia 573 a.C., adonde se dirigía gran parte del mercado fenicio. Además, desde los comienzos del siglo VI se inició un comercio activo griego oriental hacia Tartesos, explicado por el debilitamiento del poderío marítimo de Gadir en la zona del Estrecho (53).

Otra razón que se aduce es que, tras la caída de Tiro, Cartago asumió el control político y económico del Mediterráneo, como M.^a E. Aubet ha expresado en los siguientes términos: «el espacio de tiempo comprendido entre los siglos VI y III a.C. corresponde al del imperio cartaginés prebárcida y coincide con aquel periodo en el que Cartago asume, gradual y militarmente, el control de los viejos territorios de población fenicia occidental. Se trata de un período de profundos cambios en el seno de la sociedad fenicia de Occidente, cuyo desarrollo ya no depende de unos objetivos estrictamente económicos y comerciales promovidos desde las ciudades fenicias de Oriente, sino que va a estar condicionado por una situación política totalmente distinta» (54). Desde la segunda mitad del siglo VI, el

(53) En los últimos años, se está documentando ampliamente la presencia griega en occidente durante el siglo VI. P. ROUILLARD: «Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leurs imitations dans la péninsule ibérique: recherches préliminaires», en *Les Céramiques de la Grèce de l'Est et leurs diffusion en Occident*, París-Naples 1978, 274 ss.; R. OLMOS y J. P. GARRIDO: «Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar», Homenaje a Sáenz de Buruaga, Excma. Diputación Provincial de Badajoz 1982, 243 ss.; IDEM: «La cerámica griega en el sur de la Península Ibérica. La aportación de Huelva», *I. Focei dell' Anatolia all' oceano*, PPCCTV-CCVII, 1982, 393 ss.; J. FERNANDEZ JURADO, La presencia griega en Huelva. Excavaciones en Huelva I, Huelva 1984; P. CABRERA: «El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía», en *Tartessos y Huelva*, Huelva Arqueológica X-XI, 1988-89, vol. 3, pág. 43 ss.

(54) M. E. AUBET: «La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular», Homenaje a Luis Siret (1934-84), Cuevas de Almanzora junio de 1984, 1986, 612 ss. (pág. 612).

registro arqueológico percibe en el Mediterráneo central, occidental y costa norteafricana una serie de cambios en las costumbres funerarias, vajilla cerámica y la introducción de un conjunto de piezas –terracotas, máscaras, navajas de afeitar y huevos de avestruz, por ejemplo– de indudable carácter cartaginés, que constituyen los fósiles detectores por los que pueden intuirse los influjos procedentes de Cartago. Sin embargo, estas manifestaciones que con claridad se perciben en Sicilia, Cerdeña e Ibiza, son menos transparentes en la península, debido quizás a la enraizada cultura orientalizante en el sur peninsular y al menor grado de la influencia cartaginesa. Si se contrastan las características culturales de las colonias fenicias de los siglos VIII-VII con las más tardías del siglo VI, se observan pequeños cambios que en algún caso tienen su origen en la presencia cartaginesa. Los tipos cerámicos y sus sobrias decoraciones asemejan más a los de Cartago; en el ritual funerario, la inhumación sustituye a la incineración, que había constituido el ritual de antaño, y las sepulturas son de tipo norteafricano. Lo mismo puede decirse de los cultos, con santuarios dedicados a divinidades del panteón cartaginés. Son rasgos culturales que adquieren diferente intensidad en las diversas zonas peninsulares, según los grados de aceptación o de imposición. En general, desde el río Guadiana hasta Almería se hallan huellas de Cartago, pero habría que precisar el grado de influencia y la cronología, que en muchos casos no está establecida, y desde luego analizar con más datos el desarrollo interno de las distintas zonas.

Desde el siglo VI, y desde el panorama estratigráfico, se notan ciertos cambios que muchas veces no parecen tan sustanciales. En el Castillo de Doña Blanca, el influjo cartaginés no está ni mucho menos claro durante el siglo VI. En este siglo perduran todavía, en una proporción muy escasa, los cuencos a mano. Los platos de engobe rojo alargan sus bordes, cuyo límite inferior alcanza hasta casi la altura del fondo, originándose un pocillo central como rasgo característico. No es una forma nueva, sino el resultado del desarrollo de los platos más antiguos, como consecuencia de nuevas costumbres alimenticias en relación al pescado (Fig. 7:1 y 2). Los engobes pierden espesura, muestran peor calidad y las coloraciones tienden más bien a tonos rojizos claros. Continúan los cuencos carenados de bordes cóncavos, desprovistos de decoración o con engobe de mala calidad, y el cuenco de paredes bajas que ahora pierde su carenación característica y la calidad de los engobes anteriores (Fig. 7:4 y 9); ambas formas son ya escasas. La

cerámica gris alcanza su mayor porcentaje de aparición, y son frecuentes los cuencos de bordes engrosados y de bordes cóncavos (Fig. 7: 10-12).

Las urnas ofrecen pequeñas diferencias tipológicas, pero continúan sustancialmente los prototipos arcaicos. El clásico «pithos» del siglo VII, de cuello corto y ligeramente inclinado o vertical, posee ahora un cuello más abierto e inclinado y el borde es menos apuntado (Fig. 8: 11-15), y la urna tipo «Cruz del Negro» tiende a la misma inclinación. Es decir, los tipos clásicos del elenco cerámico fenicio del siglo VII se mantienen, variando sólo determinados aspectos formales.

Comienza ahora un tipo de olla que va a perdurar largo tiempo, hasta los siglos IV-III, sin variaciones sustanciales. Poseen, como rasgo característico, un borde corto e inclinado, cuerpos ovoide y líneas acalanadas en la zona del hombro (Fig. 8:16-19). Otros elementos nuevos son los cuencos de bordes engrosados, sin decoración o recubiertos por su interior de engobe rojo (Fig. 7:5-7), en un porcentaje alto, y los recipientes hondos y de gran diámetro —entre 30 y 40 cms.— que poseen bordes más o menos verticales o ligeramente cóncavos (Fig. 7:14-18), desprovistos en su mayoría de decoración o pintados con simples bandas. Se trata de una forma nueva y característica del momento. Nuevas son también las copas profundas de bordes cóncavos, decoradas con bandas rojas y negras, que pueden ser imitaciones de copas griegas jónicas (Fig. 7:8).

Las ánforas ofrecen variaciones en la construcción de sus bordes y hombros, que generalmente son más inclinados. Son frecuentes las que poseen un borde corto e inclinado (Fig. 8:1 y 2) y hombros más caídos, o las que ofrecen bordes engrosados al interior (Fig. 8:3) o bordes engrosados o biselados (Fig. 8:4). Un caso prácticamente único lo muestra el fragmento de la figura 8:5, con borde corto y vertical, baquetón en la zona inferior y hombros muy caídos. Igualmente excepcional por ahora es el fragmento de ánfora de la misma figura, que se decora con pintura rojiza en la zona del hombro. Cabe destacar, en este contexto, ánforas corintias del tipo A de Kohler (Fig. 8:8 y 9) de la primera mitad del siglo VI y ánforas del ámbito griego «à la brosse» (55).

Durante los primeros decenios del siglo V y el siglo IV el poblado de Doña Blanca adquirió la fisonomía urbana que delatan sus estructuras superficia-

(55) C. G. KOEHLER, *Corinthian A and B Transport Amphora*, Univ. Microfilms International 1979, láms. 13 y 14.

les. Los tipos cerámicos evolucionan hacia las formas clásicas turdetanas, que aquí van a mantener su tradición orientalizante y púnica en menor grado. Cabe constatar que la crisis económica que sufrió la región onubense –en donde posiblemente se ubicara el emporio metalúrgico de Tartesos– y, al parecer, la campiña, desde finales del siglo VI y todo el siglo V, no parece haber tenido repercusiones similares en el área gaditana, surgiendo desde el siglo V, o antes, una industria floreciente de salazones, como sugieren más de una veintena de pequeñas factorías situadas entre los ríos Guadalete y Salado (56), que comerció con Grecia continental. Se advierte, para el término municipal de El Puerto de Santa María, y debió constituir un fenómeno generalizado, el abandono de muchos poblados de la campiña, cuyos habitantes ahora parecen concentrarse en las grandes ciudades, como es el caso de Mesas de Asta, Ebora, Castillo de Doña Blanca, San Fernando y Cádiz.

(56) Según las prospecciones realizadas por el Museo Municipal, a quien debemos muchas de las informaciones.

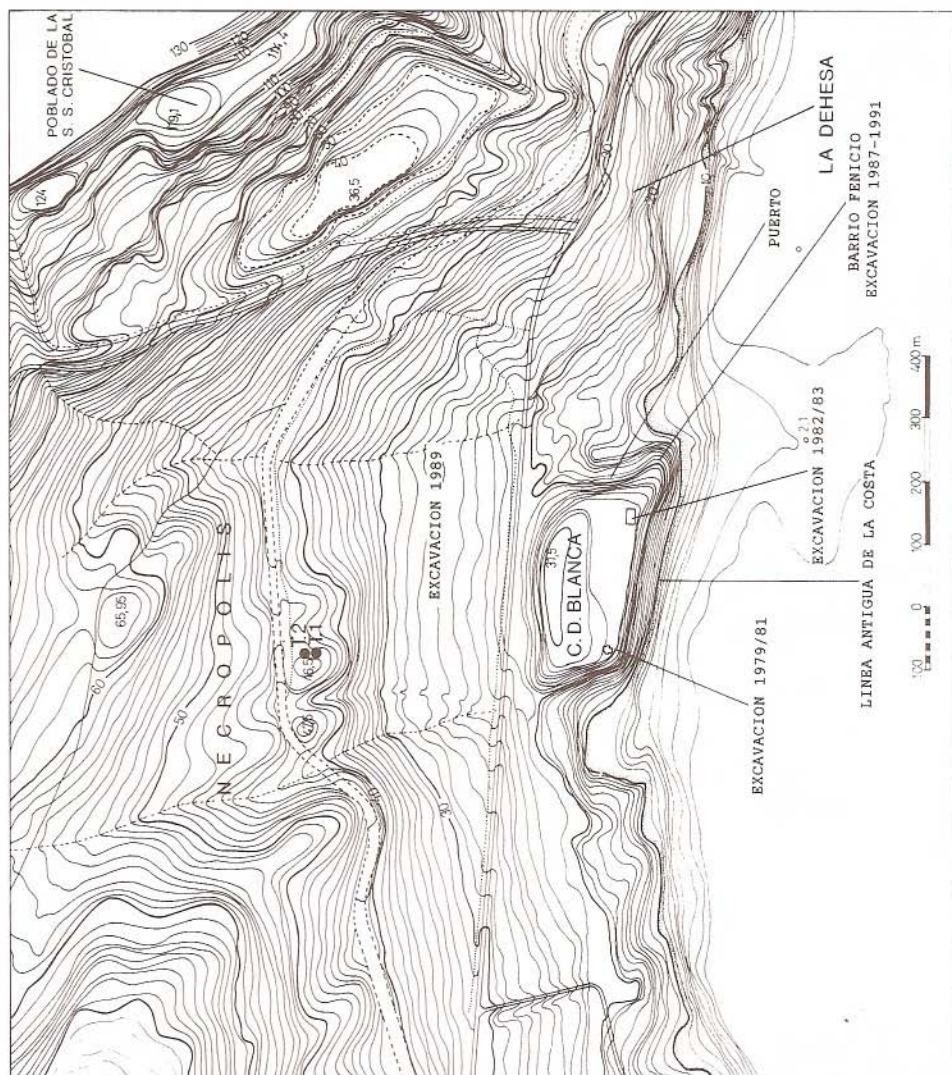


Figura 1

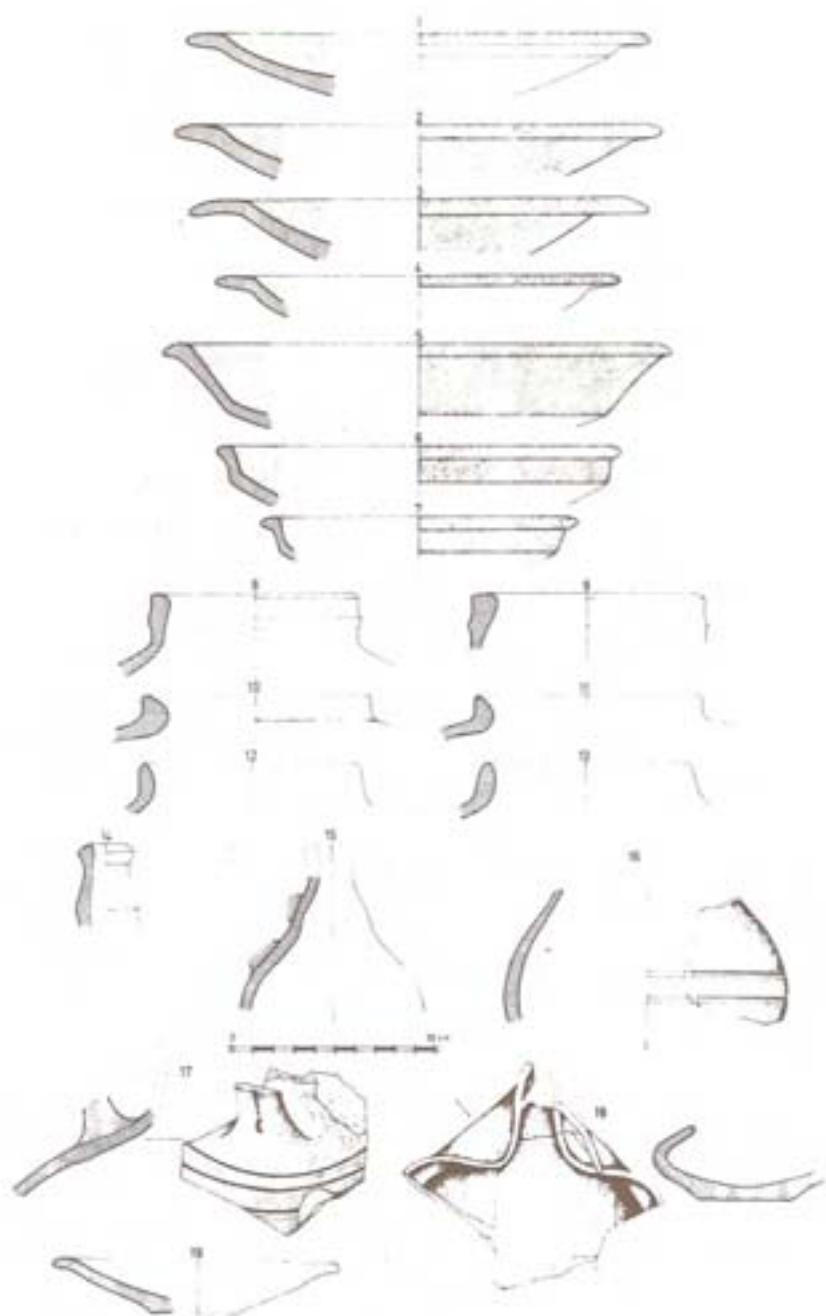


Figura 2: Cerámicas fenicias del Siglo VIII

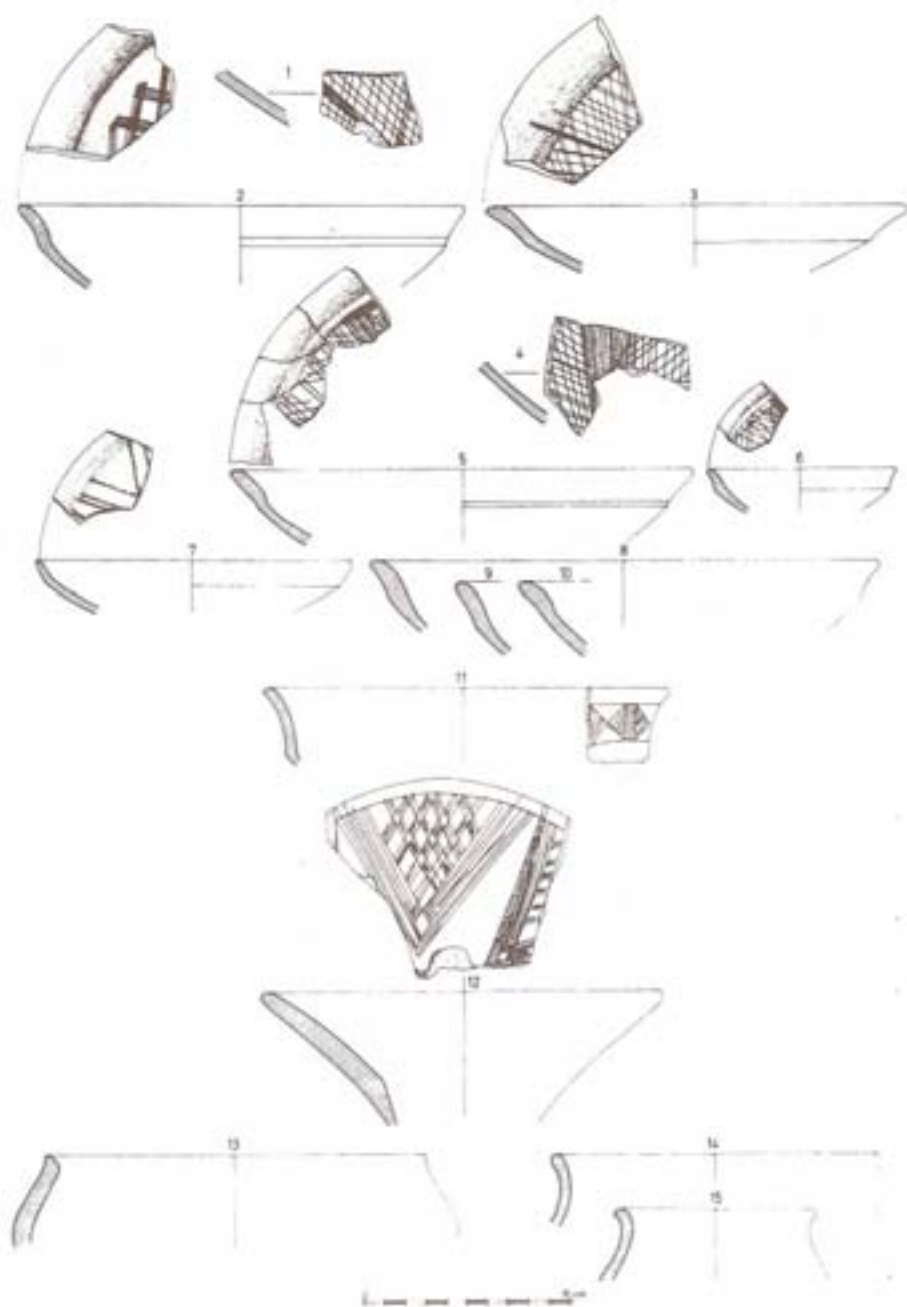


Figura 3: Cerámicas a mano Indígenas del Siglo VIII

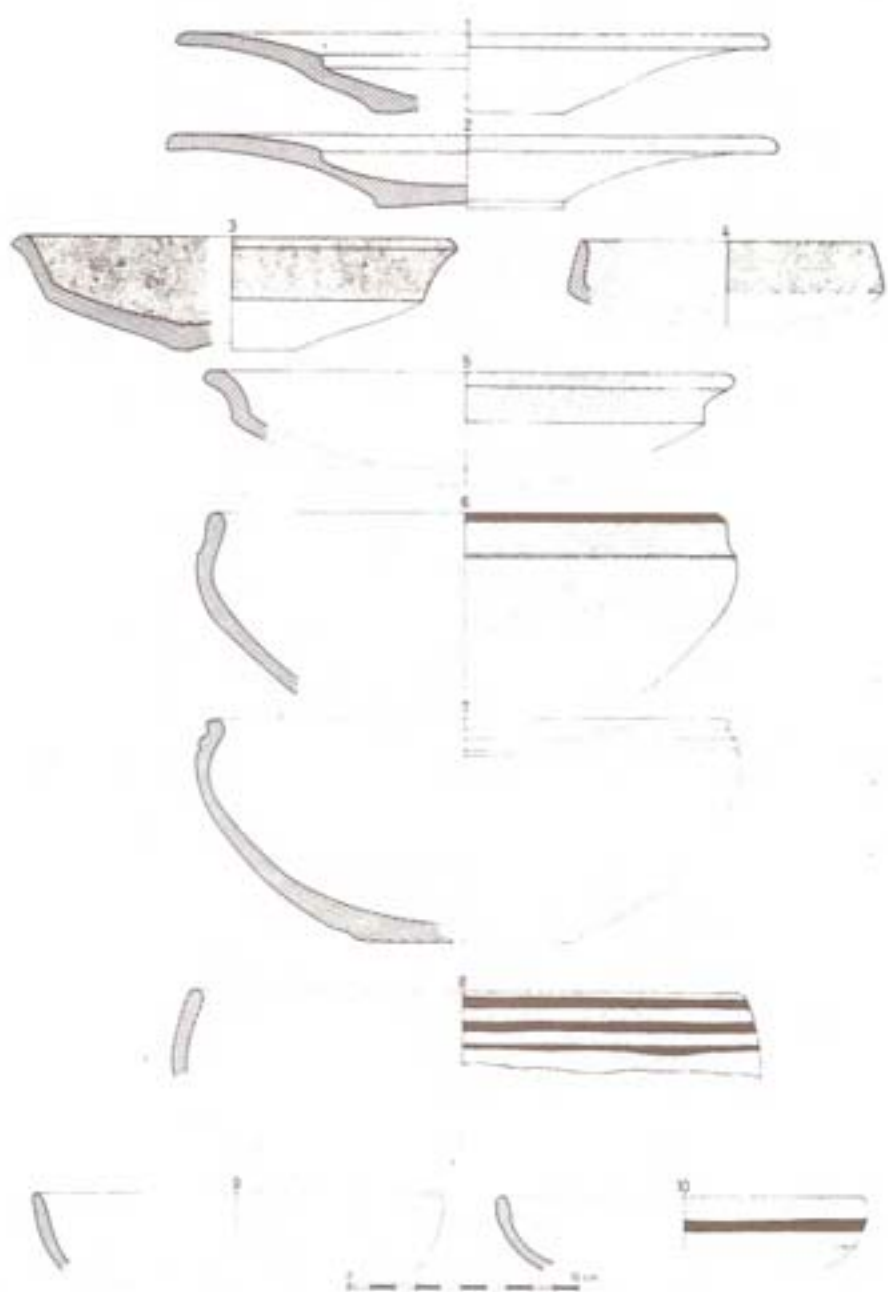


Figura 4: Cerámicas fenicias del Siglo VII

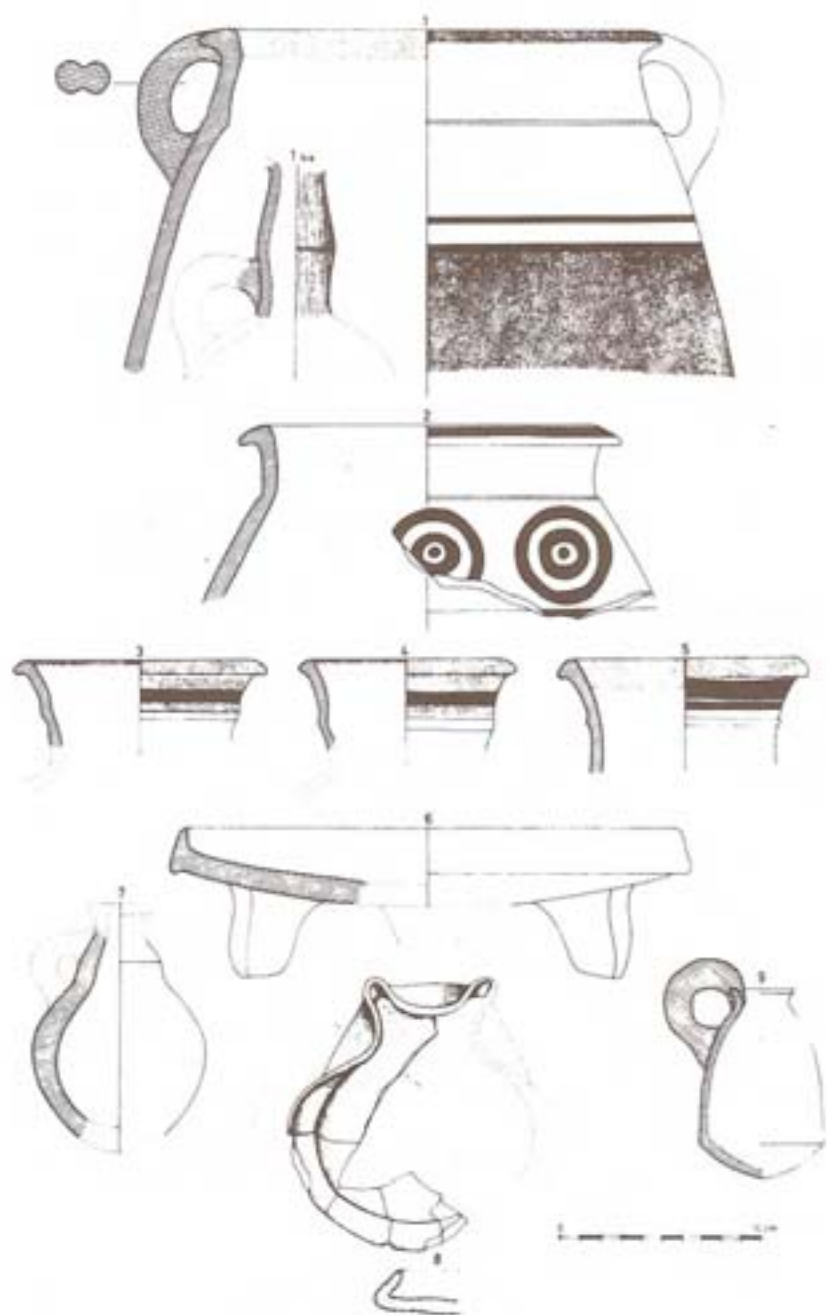


Figura 5: Cerámicas fenicias del Siglo VII

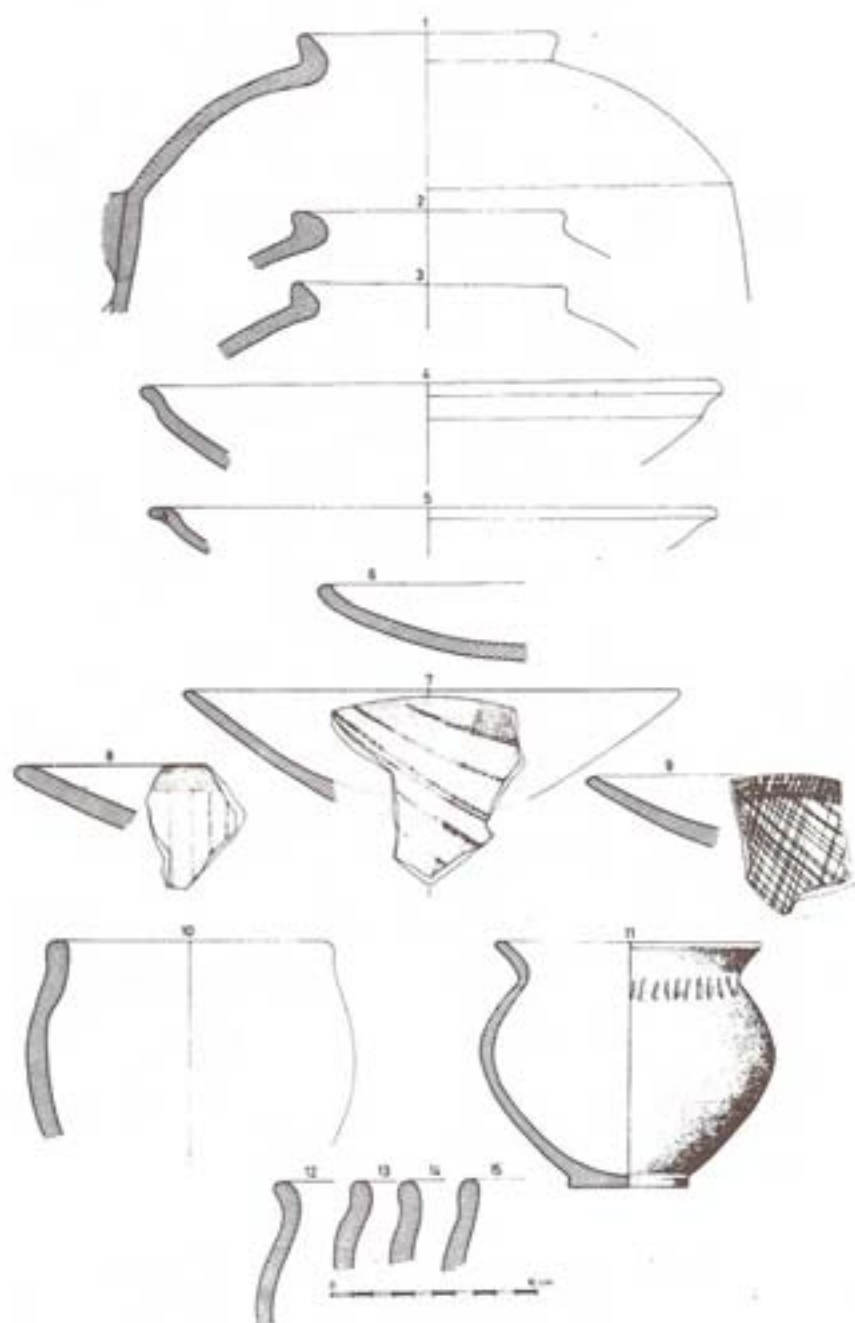


Figura 6: Cerámicas fenicias (1-6) e Indígenas (7-15) del Siglo VII

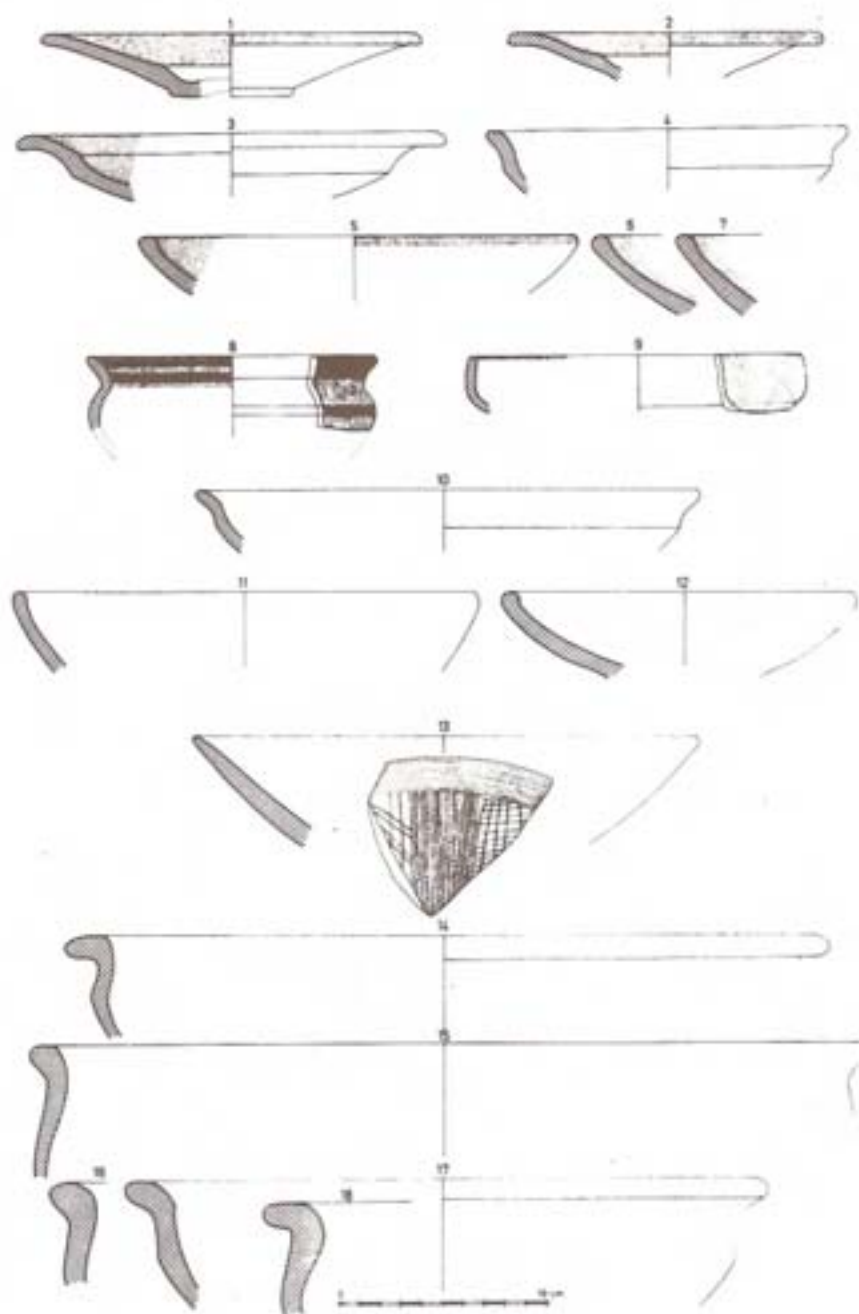


Figura 7: Cerámicas del Siglo VI

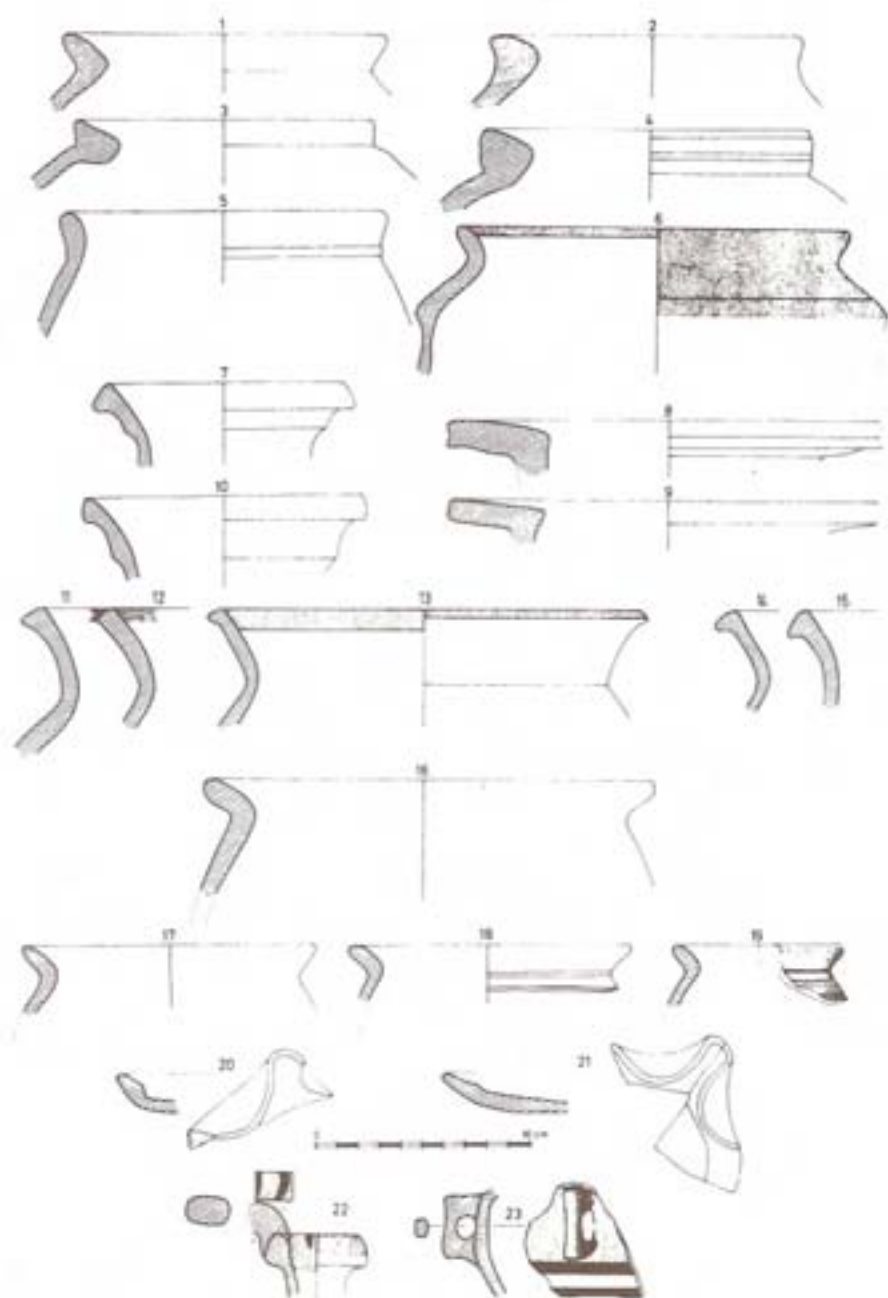


Figura 8: Cerámicas Siglo VI